

Juventud y promoción de una cultura de la paz*

Por

Eliseo Miguel González Regadas, Castalia, Inti del Sur.

Descriptor: Comunidad Terapéutica, cultura de la paz, educación preventiva, fortalezas y vulnerabilidades específicas, ideales, juventud, procesos colectivos, resiliencia, violencia.

Juventud e ideales

Los ideales hacen a nuestra esencia como humanos. La humanidad es tal por que nos guiamos por ideales y valores. El ideal es un motor, algo que nos impulsa hacia la consecución de una meta que se ve como posible de realización en un futuro más o menos inmediato. No todos los ideales y valores son *buenos* en un sentido moral, ético. Yo puedo ser impulsado hacia delante por la venganza o el odio, por ejemplo. El ideal, en la medida que es compartido, es un factor de integración social; forma parte del entramado constitutivo del tejido social y es, por tanto, un componente de primer orden en lo que llamamos *resiliencia social*.

La juventud es, por su parte, el período de la vida en que se consolidan los ideales que habrán de guiar y dar un sentido a nuestra existencia. El filósofo Eduardo Spranger describió lo que llamó *formas de vida* conjuntamente con los ideales dominantes en cada una de ellas. Los psicólogos Allport, Vernon y Lindzey construyeron una prueba psicológica a la que llamaron *estudio de los valores*, basada en las *formas de vida* de Spranger, con un propósito pragmático: ver como éstos pesan en una elección profesional o laboral.

Como psicoanalistas sabemos que *la construcción gradual de la idealidad* como parte de un proceso de desarrollo interno de nuestro psiquismo (aquéllas estructuras que Freud llamó el *yo ideal* y los *ideales del yo*) dependen en gran medida de lo que han sido –a lo largo de los tramos inaugurales de nuestra historia personal- los afectos y vínculos con quiénes nos han cuidado. Simplificando un proceso altamente complejo, podríamos decir que si en los vínculos tempranos predominó el amor y el cuidado por la vida; mitigando adecuadamente la rabia emergente de las inevitables frustraciones, se habrá construido las bases para que en la adolescencia y la juventud se instale los ideales. Estos tendrán que ver con cosas tales como la *solidaridad*, el *cuidado del hábitat*, la capacidad para *crear y construir una cultura* al servicio de la vida y del mejoramiento continuo de su calidad. Pero hay algo que deseo destacar especialmente, y

* Presentado el 12/05/03 ante la *Red de Jóvenes* patrocinada por la Alcaldía de Medellín, la Universidad de Antioquia y las corporaciones Surgir y Ser Humano. La *Red de Jóvenes* vincula a 440 entidades educativas, de la salud y sociales, que buscan incrementar la capacidad de escucha y participación de la juventud.

es *el desarrollo de una actitud crítica* fundada en elementos de juicio provenientes de la realidad exterior al sujeto y que no claudican ante los efectos adormecedores que tiene la psicología de las masas. ¿Qué quiero decir con esto? Que en estos tiempos mediáticos que corren, la supervivencia de los ideales al servicio de la vida, está directamente ligada al desarrollo y cuidado de ésta capacidad crítica que debe resistir cualquier tipo de presión deformante. Esta capacidad, es el terreno fértil para el desarrollo de una idealidad saludable y depende, en lo social, de los programas educativos. Es factible enseñar y desarrollar esta capacidad para que prendan con fuerza los ideales al servicio del cuidado de la vida en todos sus aspectos.

La dimensión ética de la prevención de la violencia

La *educación preventiva*, entre otras cosas, implica desarrollar una comunidad de valores e ideales, de afectos, de sueños y, sobre todo, de aprendizaje recíproco entre todos los participantes de la actividad o programa.

Educar para prevenir la violencia e ir construyendo, gradualmente, una cultura de la paz implica abordar las diferencias y los conflictos emergentes a partir de un modelo solidario, cooperativo y cogestionario. Este es un punto de vista que no todos comparten y poder desarrollarlo es una de los grandes desafíos que nos plantea la educación preventiva. Poder transmitir nuestro respeto por lo que hace que seamos esencialmente humanos; nuestra forma de enseñar a negociar los conflictos que surgen cotidianamente (por que tenemos puntos de vista, gustos, creencias y opiniones diferentes) es una modo de formar para una convivencia social respetuosa de las diferencias, a las que asume como enriquecedoras.

En la estructura de valores que promocionamos ubicamos *primero la vida* y todo lo que la protege, la estimula y cuida. Hay personas que tienen un notorio desprecio por la vida y están acostumbrados a cultivar una cultura de la muerte. Muerte por violencia física; muerte por sobredosis de drogas; muerte por que no hay proyectos de futuro y por que les parece que *todo vale* en su mundo del revés. Muchos dicen regirse por *las ganas*; y *las ganas* son fugaces, cambiantes, impredecibles y, sobre todo, buscan satisfacer impulsos violentos. No puedo omitir aquí a vuestro eximio escritor paisa, Fernando Vallejo, que en su *Virgen de los sicarios* denuncia con ferocidad, lucidez y amor por vuestra ciudad que “aquí la vida no vale nada” y que “sin pasado, sin presente, sin futuro, la realidad en las barriadas de las montañas que circundan a Medellín: es un sueño de basuco. En tanto, la Muerte sigue subiendo, bajando, incansable, por ésas calles empinadas.”

Otro de los valores esenciales a promover, es el *respeto por los derechos del que piensa diferente*. El derecho a tener creencias, puntos de vista, formas de pensar propias que deben ser respetadas si no atentan a la convivencia pacífica en una sociedad donde yo soy responsable por que tengo éstas libertades (de expresión, de elegir democráticamente a quienes me gobiernan, etc.) Mis derechos son los mismos derechos

que tienen los otros; y mi respeto por ellos es mi modo responsable de convivir socialmente. Tener derechos va de la mano con tener responsabilidades respecto a mis elecciones y a la forma como los ejerzo. Ustedes, que trabajan con niños en situación de calle, saben por experiencia que muchos de ellos y de las personas con las que se relacionan tienen una larga historia de trasgresiones de los derechos de los demás. Como han sido violentados, son violentos; como han sido avasallados como personas y en sus posibilidades de expresión; avasallan e imponen brutalmente sus deseos. En suma: como no fueron respetados, no saben respetar. Esta es, por lo tanto, otra de las tareas primordiales de una educación preventiva de la violencia: enseñar, a través de la convivencia, el respeto por los demás y asumir las responsabilidades emergentes de los propios actos. Porque, como dijo Sastre hace medio siglo, “no queremos decir que el hombre es responsable de su estricta individualidad, sino que es responsable de todos los hombres”.

La construcción de una sociedad no violenta y más justa, es una tarea cotidiana por parte de todos los implicados en esa sociedad. Es necesario, desde la ética, establecer **reglas de convivencia** transparentes y que se apliquen a todos por igual, sin excepciones. (No unas para los poderosos económicamente y otras para los pobres; no unas para un grupo social y otras para otro grupo social). Estas reglas tienen siempre –y necesariamente- una razón de ser básica: facilitar la convivencia pacífica; resolver las situaciones problemáticas y saber a qué atenerse cuando se violan estas normas. Las reglas pueden –yo diría *deben*- ser examinadas, cuestionadas, reexaminadas constantemente a la luz de si cumplen su función de regulación de la convivencia pacífica entre los integrantes de la sociedad. Las normas, en cierto tipo de micro-sociedades como puede ser una Comunidad Terapéutica, surgen siempre de un consenso: buscan ser equitativas, justas, no son nunca arbitrarias y dan lugar –respetando momentos y formas- a la protesta y a la posibilidad de su modificación. Hay normas, cuya trasgresión inhabilita para poder estar productivamente en cualquier grupo humano. La **violencia de hechos y palabras** atenta contra el diálogo y el establecimiento de un clima adecuado para que los enojos puedan expresarse sin desorganizar las tareas a realizar. **Hablar** de la rabia y los enojos, en cambio, permite entenderse y mejorar la convivencia social.

Esto nos lleva de la mano otro de los pilares que sustenta un programa de prevención de la violencia: **el aprendizaje social de cómo gestionar las diferencias que provocan conflictos**. Acá vuelvo a remitirme a esas sociedades-modelo, cuando funcionan bien, que son las Comunidades Terapéuticas y que me sirven para ilustrar lo que quiero transmitirles. Las diferentes tareas que componen el programa de una Comunidad Terapéutica son vividas de formas muy diferentes por los participantes. Estas formas van del rechazo liso y llano; pasando por el cumplimiento forzado, o por una pseudo-complacencia para salir rápidamente del paso. Si la propia actividad da lugar a que se pueda hablar del sentido que tiene la misma; de entender *para qué* y *por qué* se realiza; seguramente el modo de vivirla va a ir cambiando aún cuando la actividad guste a unos y sea rechazada por otros. Esto es poder convivir con las diferencias a partir de hacerlas explícitas y analizarlas por todo el colectivo. **Sustituir la violencia** de hechos y/o palabras **por la comprensión de lo que está pasando** es otro de los grandes desafíos a

confrontar. Una sociedad es civilizada y promueve una cultura de la paz en la medida **que transforme una situación inicial –que provocaba dolor y sufrimiento- por otra que ofrece bienestar, tranquilidad, calma para poder gestionar los disensos.** Usar la violencia, reaccionar automáticamente ante una agresión con otra agresión, tiene un costo absolutamente mucho mayor que poder diferir la respuesta y crear un espacio adecuado al diálogo y la reflexión. Estos **principios básicos** pueden servir eficazmente para desarrollar programas de educación preventiva de estallidos de violencia en diversos ámbitos tales como la familia, los centros educativos, etc.

La identificación de situaciones conflictivas y potencialmente violentas

Todos los seres humanos, al igual que los grupos y las instituciones, tenemos **fortalezas y vulnerabilidades específicas.** Cuando hablamos de poblaciones es usual referirse a **factores de protección y de riesgo.** Estos últimos son términos aplicables en el contexto de una investigación estadística o un estudio sanitario (médico-epidemiológico, por ejemplo). Cuando trabajamos con grupos humanos, instituciones o personas concretas, entiendo adecuado hablar de **fortalezas y vulnerabilidades específicas de esa persona, de ese grupo, o de esa institución.** A su vez, se puede ser consciente –o estar inconsciente- respecto de éstas fortalezas y vulnerabilidades que son específicas de esa persona, ese grupo o esa institución. Quiero destacar que cada vez que identificamos una vulnerabilidad específica que está relacionada con factores –específicos para esa persona y que se desencadenan en determinadas circunstancias y contextos- hacemos, por la vía del examen de la situación, una **prevención específica** para esa persona, de la emergencia de futuras respuestas violentas. Maxwell Jones propuso un modelo para el funcionamiento de las salas de un hospital al que llamó **comunidad terapéutica.** A éste modelo lo consideraba un ámbito privilegiado para aprender socialmente a resolver situaciones problemáticas y prevenir sus efectos desorganizadores; sobre todo cuando no somos concientes de lo que desencadenó el proceso destructivo y caótico. Nuestras fortalezas, lo que se ha dado en llamar **resiliencia** (que son parte de las fortalezas), se ponen en juego ante **contextos afectivos específicos** de los que conviene ser concientes para promoverlos cuando la situación así lo requiera. Este modelo de tramitar los conflictos -especialmente las situaciones violentas- puede ser utilizado, más allá de la comunidad terapéutica, en otros grupos humanos e instituciones. A esta forma de concebir las actividades de educación preventiva y de promoción de la salud, nosotros las enmarcamos en lo que llamamos **el estudio de los procesos colectivos.** Esto es parte de lo que hemos venido a proponerles por que en esto los jóvenes desempeñan un papel crucial.

Hacia una cultura de la paz

Entendemos el término **cultura** partiendo de su raíz latina que significa **cultivo.** Se trata de cultivar en el tiempo –y a través de las generaciones- un comportamiento social que propicie la convivencia pacífica entre las personas promoviendo la negociación como

forma de resolución y arbitraje de los conflictos. En éste sentido, la cultura de la paz es un valor que hace al grado de civilización y calidad de vida de un pueblo. Pensamos que se trata de un ideal a alcanzar y que, por lo tanto, desafortunadamente en muchas ocasiones se derrumba; esto en razón de que el ser humano está conformado psicológicamente por una mezcla dinámica de *impulsos tróficos* (al servicio de la vida) y *tanáticos* (en función de la muerte).

Si no tenemos en cuenta esta dicotomía que alberga el corazón humano, viviremos en un engaño. Si reconocemos que nuestro ser se ensombrece en muchas ocasiones oscurecido por el odio, la sed de venganza, el revanchismo, la envidia...no podremos iluminarlo con la luz de la vida y ser capaces de desarrollar actitudes reparatorias.

La guerra es la derrota de la cultura de la paz. La muerte y la destrucción son el fracaso del diálogo, del valor característicamente humano que tienen las palabras; del encuentro con el otro, que como adversario en la argumentación, es capaz de enriquecernos.

Una forma de tramitar la violencia y prevenir su emergencia

Enseñar la convivencia en sociedades abiertas (Popper), críticas, y que buscan encontrarle un sentido a lo que les pasó y está pasando; es un modo de promover la cultura de la paz y prevenir la violencia. A lo largo de este proceso de aprendizaje social los participantes y la tarea se van transformando para dar cuenta de los nuevos planteos emergentes.

El *dispositivo preventivo* debe permitir, *en condiciones de seguridad afectiva*, la aparición de situaciones problemáticas –y eventualmente traumáticas- para su elaboración y producir cambios satisfactorios en los involucrados y que brinde una alternativa diferente al camino de la violencia. Los factores preventivos residen en la propia red social y grupal que será la encargada de promover una cultura de la paz en los individuos, sus familias y grupos de pertenencia.

Para finalizar

Quiero concluir este encuentro con ustedes citando las palabras de Guillermo Enrique Hudson, un rioplatense que fue hombre de dos mundos y de dos culturas que supo articular internamente y legarlo a la humanidad. Sus palabras son especialmente significativas y pertinentes para nuestra temática por que su novela *La tierra purpúrea** tiene como marco el Uruguay desangrado por la violencia de la guerra civil: la llamada Guerra Grande y sus secuelas de los años 1860-70. Su mensaje, para las generaciones venideras que yo les retrasmito con sus poéticas palabras es éste: “*fui como quien*

* Dice Ruben Cotelo, el prologuista de la novela de Hudson: “*Este país merecía que lo llamaran la tierra purpúrea, tanta era la sangre con que la regaban sus hijos, trágicamente incapaces de deponer odios y rencores.*”

abriendo sus ojos después de un inquieto sopor, inesperadamente ve la estrella de la mañana en su esplendor sobrenatural sobre la ancha y oscura llanura donde lo encontró la noche –la estrella del día y de la eterna esperanza, de la pasión y de la lucha, de los trabajos y del descanso, y de la felicidad-.” Adelante, jóvenes, que ésta estrella sea su guía.

Bibliografía consultada:

- 📖 Di Tella, T. S. et al.: *Diccionario de ciencias sociales y políticas*, Buenos Aires, Puntosur, 1ª. Edición, 1989. (Hay otra posterior).
- 📖 Federación Uruguaya de Comunidades Terapéuticas (FUCOT): *Drogas, ética y trasgresión*, Montevideo, Psicolibros, 2001.
- 📖 González Regadas, E. M.: *Comunidad terapéutica y trastornos duales*, Montevideo, Psicolibros, 2001.
- 📖 Hudson, W. H.: *La tierra purpúrea*, Montevideo, Banda Oriental/Instituto Nacional del Libro, 1992.
- 📖 Jones, Maxwell: *Psiquiatría social*, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1966.
- 📖 Melillo, A. y Suárez Ojeda, E. N. (compiladores): *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- 📖 Popper, K.R.: *La sociedad abierta y sus enemigos*, Buenos Aires, Paidós, 1ª. Edición, 1957. (Hay ediciones posteriores).
- 📖 Popper, K.R.: *Sociedad abierta, universo abierto. Conversación con Franz Kreuzer*, Madrid, Tecnos, 1984.
- 📖 Sartre, J-P.: *El existencialismo es un humanismo*, Buenos Aires, Sur, 1947.
- 📖 Vallejo, Fernando: *La virgen de los sicarios*, Colombia, Alfaguara, 2002.
- 📖 Vernon, P.E. y Allport, G.W.: *A test for personal values*, J. Abnormal Soc. Psychol., Vol. 26, 1931, pp. 231-248.